Cachicamo llamándole a morrocoy conchudo.
Una aproximación a la Paremiología hispanoamericana

RAÚL GUERRA GARRIDO
Asociación Colegial de Escritores de España (San Sebastián)

De pronto, a la vuelta de un viaje por el Río de la Plata, "ancho como mar", la vagorosa inquietud de muchos otros viajes se radicaliza en una vocación definida, la de explorador. La América que amo es la América hispanohablante y la selva que me propongo explorar es la de su lengua, la de sus infinitas variaciones; en donde procuraré perderme ya que el levantar su definitivo catastro es tarea que a mis fuerzas se le escapa y objetivo que me disgustaría alguien fuese capaz de alcanzar, pues denotaría una espesura inferior a la que su fragosidad sugiere. Tarea por la que no paso cuidado y que no alcanzará ni la Academia con la vigésima primera edición de su diccionario canónico con cerca de cien mil voces.

Sólo el idioma nos separa, aseguran los sofistas mientras los filólogos opinan lo contrario. Y es que los primeros se refieren al léxico, el nivel más cambiante del sistema lingüístico, mientras los segundos se refieren al complejo morfológico y sintáctico, el más factible de codificar. La selva léxico-tropical del español que hablan los americanos es lo que a uno le atrae con el fulgor hipnótico que la polisemia de sus palabras emite, un brillo superior al del resplandeciente verde de las hojas de sus ceibas, palmas y flamboyanes. En donde perderse es un placer inevitable aunque a veces uno no evite la "mamadera de gallo", o tomadura de pelo, que los equívocos provocan. Si el amigo Valdés, en Bogotá, nos pregunta «¿Le provoca un tinto?» sabemos que nos pregunta si nos apetece un café solo; el problema es pedir un cortado, un "guayoyo" en Caracas o un "medio pollo" en Santo Domingo, pero un "periquito" en Colombia.

Una selva léxica que empezó a nutrir la diferencia con las voces indígenas. Voces hoy normales en el vocabulario español aparecen ya por primera vez en el mismísimo Diario de Colón, como "cacique", "canoa", "hamaca", a las que siguieron muchas más en posteriores escritos y, lo que es más importante, en las conversaciones de la cotidianeidad, "tabaco", "tiza", "mico", junto con americanismos no tan integrados como "catire" ('rubio'), "chichi" ('pecho'), "curcuncho" ('jorobado'). Con el tiempo la diferencia empezó a nutrirse a base de palabras castellanas que de este lado del Atlántico cayeron en desuso creando una falsa sensación de arcaísmo, pues lo arcaico es lo anticuado y allí siguen vivas y vigentes, como "prieto" ('moreno'), "boruca" ('fiesta'), "aburrición" ('aburrimiento'). Y en la actualidad con el fértil mestizaje de origen ambiguo: "malandro" nos suena a delincuente, lo que es, sin que uno sepa si procede del "malandrín" cervantino, del "malón" araucano, o de alguna ignota jerga local.

Puede que en ocasiones el vocabulario nos pierda, pero la intuición es segura brújula para orientarse en tales trances, sobre todo cuando nos dejamos guiar por la intuición inteligente de la sabiduría popular, o sea por refranes, dichos y paremias que en ambas orillas cocinan las (casi) mismas habas o reflejos sociales. Si un venezolano opina de una pareja

> son como cachicamo llamándole a morrocoy conchudo,

aun sin entender el significado exacto de cada palabra, comprendemos o intuimos el de la frase entera,

son tal para cual.

La frase se nos aclara al saber que el morrocoy es una especie de tortuga y el cachicamo es el armadillo. Y profundizamos en la plena intencionalidad de la sentencia al saber que "conchudo" equivale a perezoso, abandonado o flojo. El armadillo es el animal emblemático de América, de ahí que, según países, se le conozca como quirquincho, tatú, mulita, gliptodonte, escamoso, machucambo y, por supuesto, cachicamo. En Venezuela el armadillo o cachicamo, en virtud de sus características somáticas, es uno de los principales protagonistas de su refranero. He aquí dos ejemplos. Uno:

cachicamo y cachicamo no se rompen la camisa,

equivalente a decir que 'tigre no come tigre' o que 'los bomberos no se pisan la manguera', y dos:

morrocoy no sube palo ni cachicamo se afeita,

en donde sabida la acepción de palo (= árbol) el sentido del aforismo se explicita, pues no existen tortugas trepadoras ni el armadillo puede afeitarse al carecer de pelo.

En otras ocasiones es la confianza en el vocabulario lo que nos pierde, hay que dominar ciertas claves sociales con incidencia semiótica como, por ejemplo, la de la indeterminación: una repugnancia innata a concretar y a negarse. Si un costarricense te cita

entre la anochecida y las buenas noches,

ya sabes a qué hora. Si un mexicano te dice «ahorita», más vale que te sientes, pero si te dice «ahoritita» la sentada no merece la pena. Ahora bien, ante el enigma y la paradoja demos optar más por el sentido común que por el realismo mágico: el cartel de

prohibido a los materialistas detenerse en lo absoluto

no es una consigna marxista sino el aviso municipal de que aquí no pueden estacionar los vehículos con "materiales" de construcción. Como en el caso de los idiomas que los traductores consideran falsos amigos, la proximidad idiomática puede engañarnos y cambiar el sentido del refrán; así, pese a su evidente paralelismo, el guatemalteco

estar más arrancado que las mangas de un chaleco

no dice lo mismo que el español

ser más corto que las mangas de un chaleco

El primero es hipérbole de estar sin dinero, de pobreza, mientras que el segundo lo es de timidez o tacañería.

«Una chica muy mona» es una caraqueña muy presumida o una bogotana muy rubia y no necesariamente guapas. El uso del mismo término con distintas acepciones provoca más de un malentendido y son las llamadas palabras malsonantes las que producen los equívocos más curiosos. Los bonaerenses se quedarían de un aire al leer en la prensa que su paisano Adolfo Aristarain había ganado la Concha de Oro en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián; del mismo aire se quedaría un donostiarra si su amigo chileno le prometiera una visita para «cuando me saque la

polla». La "concha" es el conocidísimo sinónimo platense del sexo femenino y la "polla" es el premio gordo de la lotería santiaguina. En el refrán mesoamericano de

Quien es perico, dondequiera es verde,

perico no es persona (sobre todo mujer) callejera, desenvuelta y un tanto airada sino loro (el pájaro) y su sentido no es peyorativo, como ocurriría inequívocamente con la primera acepción, sino voluntariamente ameliorativo por referirlo siempre a persona de mérito.

La geografía decide las acepciones, niño puede ser "patojo", "pibe", "cipote" o "chamaco", pro "guagua" lo mismo puede referirse a un autobús que a un lactante, depende dónde. Perdidos en tan movedizo manglar a veces la sorpresa es mayúscula, el "abrirse" ('irse') de nuestros postmodernos no es más que el falso arcaísmo "abrirse" ('sentir miedo, huir') ecuatoriano, y en ese tono arcaizante damos en el Caribe con esta deliciosa sentencia:

Al que es barrigón ni aunque lo cinchen,

referido a personas con defectos irremediables provenientes de su mal carácter. En la misma región otro refrán equivalente,

El que desciende de coco hasta piñonate no para,

fácilmente comprensible para quien haya probado el sabroso piñonate, dulce a base de batata y pulpa de coco.

Ante tal variedad de matices los puristas se desesperan pero el explorador se entusiasma. Remontar las aguas del Orinoco, calcular la armonía cósmica de Tikal o interrogar al astronauta de Palenque pueden ser excitantes expediciones, pero ninguna de ellas tan arriscada e imposible, y por tanto fascinante, como la de perderse en la intrincada jungla del verbo y proverbio hispanoamericano: auténtico *Libro de Arena* capaz de fatigar a mismísimo Borges. «Con la manga al codo», machete literario en ristre, me gustaría ser capaz de escribir un relato en cada uno de los españoles que se hablan en cada una de las repúblicas de la América que amo. Es lo que me propuse a la vuelta de aquel viaje por el Río de la Plata. Naturalmente, mi conocimiento personal y sensible de América no es exhaustivo (¡qué más quisiera!) sino todo lo contrario. Ni conozco todos los países ni todas las facetas de la oralidad de los que sí conozco. Mi visión es fragmentaria, aleatoria y vertiginosa, y, en consecuencia, mis descripciones tienen mucho de fotográfico en cuanto que se trata de una selección léxica involuntariamente reduccionista, aunque (en ello confío) capaz de suministrar evidencia y la sensación de apropiarnos de algo muy íntimo de lo fotografiado. Del alma dirían los misquitos dada su sinonimia entre imagen, palabra y espíritu. El citado proyecto, la antología de relatos[1], no tuve más remedio que realizarlo con la ayuda de varios novelistas amigos y de su texto proceden los refranes aquí enunciados. Y al enunciarlos una (para mí) grata sorpresa: el paralelismo paremiológico de las dos orillas de nuestro idioma.

Con sorprendente frecuencia la filosofía popular se expresa en paremias que denotan el mismo proceso mental, utilizando las mismas imágenes aunque con vocablos autóctonos, los propios de su lugar de origen. Sirvan de muestra estos dos refranes venezolanos.

Gastar pólvora en zamuros,

[1] VVAA. *América*. Edición a cargo de R.G.C. Huerga y Fierro editores. Madrid, 1975.

siendo el zamuro[2] el gallinazo o zopilote, un ave rapaz y carroñera, sugiere el mismo derroche estéril que nuestro «echar margaritas a los cerdos». El

cada niño nace con la arepa bajo el brazo

apenas si necesita la explicación de que la arepa es un pan o torta hecha con harina de maíz: llámese como se llame, todos los niños nacen con un pan bajo el brazo.

Mi objetivo es suscitar los afectos del lector español, puesto que del afecto proviene, hacia la realidad verbal americana. Si muy al sur te llaman «charqui», no te están llamando «tasajo» (única acepción académica) sino lumpen de lo más tirado, que «estás para el tigre», vaya, y paradójicamente se utiliza por un igual como insulto y término afectivo, depende de las circunstancias aunque siempre sepamos

por donde le entra el agua al coco.

Este breve texto no es un estudio sino una invitación a caminar. Los aromas y riesgos de la selva léxica como el desafío de un camino iniciático a recorrer con el exclusivo bagaje de una cinta magnetofónica rebobinándose en el corazón. En cualquier caso, por si no lo había dicho antes, ésta es la América que amo.

[2] El zamuro es el único animal capaz de protagonizar más refranes que el cachicamo: «zamuro come bailando», «estar algo en pies de zamuro», «zamuro cuidando tripa», «si zamuro quiere celeste, que le cueste», etc.